

Carlos Sanrune

## **El deseo y la memoria**

Una biografía de Constantino Kavafis<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> ¿Kavafis o Cavafis? Ambas formas se encuentran en español para referirse al poeta y teóricamente las dos serían correctas. Ateniéndose a su escritura en griego (Καβάφη), parece más adecuado transliterarlo con “K”, aunque sería igualmente acertado hacerlo con “C” o incluso “Kavaphes”. El poeta prefería que en inglés se escribiese Cavafy (con C, terminado en y), de lo que puede provenir la mezcla existente en la forma de escribir su nombre en nuestro idioma, algo que no suele suceder en inglés.

## INTRODUCCIÓN

El reloj de la vieja iglesia ortodoxa de San Sabas acababa de anunciar que era la una de la madrugada, pero ninguno de los dos jóvenes prestó atención al único tañido de su campana. El café ya se encontraba vacío, pues el último cliente —un viejo griego de bigotes ralos y gafas de gruesos cristales, que había estado hojeando el periódico acompañado únicamente por un café y un vaso de agua— había abandonado el local hacía ya un rato. El joven camarero egipcio, con paso cansino, había luego retirado el manoseado periódico junto con la taza y el vaso del viejo, antes de pasar, con gesto mecánico, un trapo húmedo por el mármol gastado del velador. Finalizada la tarea se había retirado, con el mismo paso triste, detrás del mostrador de zinc situado junto a la entrada del café.

Desde donde estaban los dos jóvenes, protegidos tras una mampara de oscura madera formada por sobrios cuarterones, alumbrados someramente por una lámpara de petróleo que proporcionaba una luz mortecina y que, tras muchos años alumbrando, había creado un cerco oscuro en el techo amarillento, podían observar —si hacían un ligero movimiento— al camarero que finalmente dormitaba rendido con la cabeza sobre los brazos, allá a lo lejos, en el mostrador.

Dentro del oscuro café, con las puertas abiertas de par en par, hacía calor, aunque para entonces la temperatura de aquel caluroso día de julio se había tornado agradable en la calle. A pesar de llevar ya un par de horas allí dentro aún podían percibir, de vez en cuando, el olor rancio del humo del tabaco profusamente expelido entre aquellas paredes amarillentas a lo largo de décadas.

Los dos muchachos se habían conocido, ya de noche, deambulando antes de ir a dormir por las calles del barrio de Massalia —lugar donde aún no podía prever uno de ellos, Constantino, que viviría durante muchos años al final de su vida— y después de un breve, pero significativo, cruce de miradas que sólo un iniciado hubiese podido descifrar, un poco nerviosos, empujados por el deseo, se habían decidido a acercarse. Intentado aparentar una naturalidad que no sentían, como si fuesen dos viejos conocidos, caminaron un trecho uno al lado del otro. Sobreponiéndose a la agitación que les embargaba —siempre temerían, en este tipo de encuentros, al posible equívoco, a errar en la interpretación de los gestos del otro, de las miradas, lo que podría conllevar un desagradable disgusto— consiguieron entablar conversación, en su inicio entrecortada y nerviosa.

El otro era un muchacho, también griego, de origen humilde, lo que denotaban sus manos bastas y su vestir descuidado, de bonitos ojos claros, mirada inocente y labios sensuales, tocado con una vieja gorra remendada. Tenía, según le dijo, 22 años, dos menos que Constantino. Trabajaba de repartidor en el mercado de verduras y bajo sus ligeras ropas veraniegas dejaba entrever un cuerpo de brazos torneados y duros.

Anduvieron un rato hablando de cosas insustanciales, midiéndose, asegurándose de que el otro buscaba lo mismo, hasta que terminaron sentándose en aquel café dos horas atrás, donde se dieron valor bebiendo primero raki y luego ouzo con profusión.

Ahora, en el local vacío, sentados en la casi penumbra de aquel discreto rincón, sabedores de que el camarero, cansado, les ignora dormitando en la entrada, envalentonados por el alcohol y espoleados por el deseo que empuja implacable, se vuelven imprudentes y, sin poder controlarse, comienzan a acariciarse a escondidas, entreabriendo las ropas bajo las que sus manos se adentran nerviosas, excitadas, buscando acariciar la piel suave y tersa, de manera precipitada, oculta, como robando furtivamente las más voluptuosas sensaciones.

### **La Alejandría de Kavafis**

Una escena similar a la descrita en el párrafo anterior, vivida con seguridad por Constantino Kavafis en alguno de los muchos cafés de uno de los barrios europeos de Alejandría durante su juventud, fue recordada, muchos años después, cuando el poeta ya contaba 56, en uno de sus más bellos poemas. Sucedería, como dijimos, en Alejandría, posiblemente en algún día caluroso de julio de finales del siglo XIX.

La ciudad donde se dio esta escena, en la que vivió Kavafis prácticamente toda su vida adulta a partir de 1885, casi sin ausentarse, era por aquel entonces una ciudad cosmopolita, internacional, atrevida y con un algo de depravada; una suerte de Tánger de entreguerras, que hoy, poco más de cien años después, ha desaparecido completamente.

Alejandría, como es bien conocido, fue fundada por el macedonio Alejandro Magno allá por el año 331 a.C. y llegaría a vivir siglos de gran esplendor como capital del Imperio Egipcio de los Ptolomeo, periodo en el que terminaría por rivalizar en belleza y opulencia con Roma. De ella aún recordamos su mítico Faro, una de las Siete Maravillas de la Antigüedad, símbolo de la grandeza de la ciudad que, según E.M.Forster -quien vivió en ella durante tres años en los que llegó a trabar amistad con Kavafis- “no sólo iluminó a barcos y marineros durante siglos, sino que llegó a ser también símbolo de la búsqueda humana de las luces”; o su Gran Biblioteca, el archivo más importante del saber en la Antigüedad.

La dinastía ptolemaica –Cleopatra sería su último representante-, durante siglos fue construyendo una hermosa ciudad, en la que cuidaron especialmente la cultura y el arte –sin descuidar la importancia económica de su puerto-, lo que la llevó a convertirse en el principal centro de cultura helenística, contribuyendo en la helenización del resto del país donde se asentaba. La posterior toma de Egipto por parte de los romanos, convirtiéndolo en una provincia de su imperio, incrementó aún más la prosperidad económica de la ciudad.

Durante todos aquellos siglos su población fue eminentemente griega, procedente de todos los rincones de la Hélade. Es en esta lejana época de esplendor, que Kavafis llegaría a conocer muy bien, en la que encontraría el poeta una de las fuentes más fructífera de inspiración para sus bellos poemas; la otra fuente la hallaría en los muchachos y en sus voluptuosos recuerdos junto a ellos.

El declive de la ciudad comenzaría con la llegada del cristianismo, cuando los intolerantes comienzan la destrucción sistemática de muchos de sus ricos monumentos y los fanáticos asesinan a personas librepensadoras e instruidas que no había abrazado su religión -como le sucedería a la desgraciada Hipatia en el año 415-, y se agudizaría, hasta casi hacerla desaparecer, con la llegada de los árabes en el siglo VII, quienes la ignoraron para fundar la nueva capital de aquel territorio muchos kilómetros al Sur, en El Cairo.

A partir de ese momento la ciudad muere: los monumentos que aún hablaban de su esplendor pasado son destruidos por fenómenos naturales o por la mano del hombre; su puerto, antes vibrante, pierde toda importancia, hasta el punto de que la que llegó a ser una de las más grandes y luminosas ciudades de la Antigüedad, termina transformada en un villorrio de menos de diez mil habitantes.

Así permaneció, ignorada, desaparecida, agonizante, hasta la llegada de las tropas napoleónicas en 1798, quienes, en su campaña egipcia, la ocupan al reconocer su importancia estratégica. Se inicia con ello una lenta recuperación que culminaría siglo y medio después. Unos pocos años más tarde, en 1802, tras la salida de los franceses (la ciudad, teóricamente, junto con el resto de Egipto, formaba parte del Imperio Otomano gobernado desde otra ciudad mítica, Constantinopla), un oficial del ejército otomano, de origen albanés, Mohamed Alí, se convierte en *bajá* (gobernador o virrey, de amplísima autonomía) del territorio y, consciente también él de su importancia estratégica, trasforma Alejandría con nuevos edificios e infraestructura, entre las que se cuentan el ferrocarril, un canal que la une con el Nilo y un nuevo puerto, a la vez que mejora las condiciones de vida de sus habitantes. Mohamed Alí, junto con sus sucesores, llegaría a transformar radicalmente el país completo, siendo hoy considerado el padre del Egipto moderno.

Por otra parte, el apoyo oficial al cultivo del algodón en el valle del Nilo, unido a la crisis del comercio de este material debido al cierre del mercado americano por motivo de la guerra civil que discurre en aquel país, convierte al puerto de Alejandría en el lugar que atrae a todos los comerciantes europeos que buscan especular con dicho producto. Con la actividad económica llega la riqueza, y al olor de la misma desembarcan en Alejandría decenas de miles de europeos de todos los confines del arco mediterráneo.

Actividad económica, riqueza y desarrollo van unidos, lo que impulsa la prosperidad de la ciudad, que crece cada vez más, asentada sobre las ruinas de lo que fue la mítica y olvidada ciudad luminosa del pasado. El puerto de Alejandría termina por convertirse en el centro económico y financiero de Egipto. En 1869, impulsado por aquella bonanza y con una importante participación de capital francés, se abre el Canal de Suez, que permitiría sortear la circunnavegación del continente africano para conectar Europa con Asia.

Para ese momento Alejandría se ha convertido en una ciudad cosmopolita, multicultural, multiétnica, situada en un enclave perfecto en la nueva ruta marítima. A ella, desde años atrás y atraídos por su prosperidad económica, han ido llegando turcos, ingleses, italianos, franceses y, sobre todo, griegos, quienes no olvidan que aquella tierra fue un día parte fundamental del mundo helénico. Para 1870 ya cuenta la ciudad con 270.000 habitantes.

La ocupación posterior de este enclave por parte de los ingleses –volveremos más adelante sobre este hecho-, buscando preservar sus intereses geoestratégicos y económicos en el canal, permitirá mantener la situación y la efervescencia vital de la ciudad, evitando su posible islamización, europeizándola al calor de casi un 30% de población occidental que en ella habita. Para ese entonces Alejandría, a pesar de ser formalmente una ciudad egipcia, es, en realidad, cada vez más una ciudad europea, fenómeno que se agudiza a partir de la Primera Guerra Mundial. De su crisol humano surgirá una serie de poetas, escritores e intelectuales (como el propio Kavafis y también los poetas italianos Marinetti o Giuseppe Ungaretti) quienes, junto a una pléyade de hombres de negocio adinerados e ilustrados, proyectarán el nombre de la ciudad por todo el mundo occidental, recuperando en parte su imagen mítica nunca perdida por completo en occidente.

Los extranjeros -de los que los griegos eran los más numerosos, seguidos por los italianos-, sin casi mezclarse con los autóctonos, viviendo en barrios separados de aquellos, forman, pues, una sociedad floreciente, tanto en lo económico como en lo cultural. Así, la vida de los habitantes occidentales de Alejandría imita a la que se lleva en Europa, cada clase social emulando a su homóloga del continente. Las fiestas, los bailes, el teatro, las visitas a los bares o a las sencillas tabernas y la vida social eran actividades cotidianas.

Las fotos que de ella se han conservado, muestran una hermosa ciudad mediterránea de cielos luminosos y cuidada arquitectura de líneas eclécticas equiparable a la de cualquier ciudad europea, de calles bien trazadas repletas de negocios, salpicada por algunos jardines elegantes, y abrasada por tórridos e inclementes veranos. En otras instantáneas nos ha llegado la imagen de sus habitantes, sobre todo de los mejor acomodados, lo que nos permite atisbar a través del tiempo cuán elegantes eran sus casas o sus jardines recoletos y umbríos; cómo disfrutaban del teatro o del paseo elegantemente ataviados durante el agradable atardecer; de qué manera se divertían en sus fiestas exclusivas que podrían darse igualmente en París; o, también, su manera vitalista y bulliciosa –mediterránea- de disfrutar de la celebración de un carnaval que no necesitó envidiar al de Venecia.

Por su parte, el puerto –convertido en el mayor del Mediterráneo y en la puerta de entrada a Egipto- atraía a miles de barcos que junto con las cargas de sus bodegas llegaban repletos de marineros deseosos de diversión, al calor de los cuales se abrían tabernas, prostíbulos – muchos prostíbulos-, cafés o restaurantes desperdigados por las callejuelas de sus zonas menos recomendables, lugares donde con facilidad pudieran dejarse sus monedas.

Esta mezcolanza entre lo tabernario y lo culto hizo de Alejandría una ciudad peculiar, si no única, culturalmente vibrante, con estilo propio, próspera, en parte hedonista, mundana, con algo de depravada, seguramente clasista, tal vez desordenada, abigarrada y polvorienta, pero sobre todo vital y cosmopolita, fungiendo como rompeolas de todas las culturas mediterráneas, que alcanzó su apogeo en el periodo comprendido entre 1882 y 1936. Esta fue la lujosa y evocadora ciudad cantada y contada por Kavafis, por E.M.Forster y por Lawrence Durrell.

Así seguiría hasta la huida del rey títere Faruck I en 1952 (quien partiría desde su puerto, en el yate real) y la llegada de los nacionalistas de Nasser, lo que conllevó la salida de prácticamente

todos los occidentales y el repliegue, hasta desaparecer, de lo que había hecho de ella una ciudad distinta, efímera sucesora de la que iluminó la Antigüedad.

De aquella época, uno de los hijos de su colonia italiana, el poeta Giuseppe Ungaretti, diría que la ciudad era “un crisol de civilizaciones en el que se enfrentaban y confundían la egipcia, internada en la noche; la griega, colmada de elegancia, de agotamiento; la romana, consagrada a reconocer en su bella estación los signos de su declive.”

Lawrence Durrell, que la conocería bien durante los años en que allí vivió coincidente con la Segunda Guerra Mundial, no tuvo inicialmente una buena opinión de la ciudad, pero aun así terminó sucumbiendo, fascinado ante ella, ambientando en sus calles y cafés la trama de su famoso “Cuarteto de Alejandría”:

“Cinco razas, cinco lenguas, una docena de religiones; el reflejo de cinco flotas en el agua grasienta, más allá de la escollera. Pero hay más de cinco sexos y sólo el griego del pueblo es capaz de distinguirlos. La mercancía sexual al alcance de las manos es desconcertante por su variedad y profusión. (...) Los cuerpos hoscos de los jóvenes inician la caza de una desnudez cómplice, y en sus pequeños cafés a los que solía ir Balthazar con el viejo poeta de la ciudad, los muchachos, nerviosos, juegan al chanquete bajo las lámparas de petróleo y, perturbados por el viento seco del desierto –tan poco romántico, tan sospechoso-, se agitan y se vuelven para mirar a los recién llegados.” (Lawrence Durrell. “Justine”, 1957).

Hoy en día, como ya dijimos, de aquella ciudad nada queda, pero fue en ella, durante aquel breve renacimiento, cuando volvió a florecer en muchos aspectos, donde nació, vivió y murió Constantino Kavafis.